LA INTERPRETACIÓN.

Antes de entrar en el estudio etimológico de los nombres míticos, no podemos desentendernos de las opiniones agitadas en diferentes épocas sobre el modo de interpretar las religiones politeistas. Esto hará que se aprecien en su justo valor las consecuencias que de aquellas etimologías naturalmente se desprenden, y la conformidad que con un significado original guardan las tradiciones; hallando así, en esta inesperada adecuación, la mejor prueba de la verdad de nuestros asertos. Veremos que todo se ilumina á la simple comparación de las raices, siempre que ésta sea hecha con arreglo al verdadero método. A través de las espesas nieblas de los siglos, veremos con toda claridad la noción exacta que las razas prehistóricas superiores se habían formado de la naturaleza y de la divinidad, ó lo que es lo mismo, de la materia y de la fuerza ó de la forma y de la inteligencia, habiendo llegado á confundirlo todo, después de un largo período evolutivo, en la unidad, rota posteriormente en el fraccionamiento y separación de nuevas razas que ya perdieran la memoria de aquella síntesis sublime; resultado idéntico de la visión instintiva y simple de los

primeros hombres y de la razón epurada y compleja de los últimos grandes metafísicos.

La exegesis mítica es bien antigua. Se conoce que Platón estaba ya preocupado con ella. Sócrates rehusa entrar en este género de indagaciones por la sencilla razón de que no conociéndose á sí mismo todavía, le parece ridículo intentar conocer lo que le es extraño, y se atiene en este punto á las creencias públicas (1).

La incredulidad, á pesar de esta prudencia socrática, ganaba terreno, y con ella, el afán de aclarar el misterio de los dioses. Poetas y filósofos coadyuvaban, sin darse cuenta de ello, á preparar un nuevo porvenir social y religioso. Los políticos y los historiadores, como Pericles y Thucydides, casi tenían miras idénticas. Enripides, en su tragedia perdida, *Melanipe*, discute y refuta la doctrina *teterata* ó signos sobrenaturales. Aristófenes, á pesar de su espíritu conservador, rebaja las cosas santas al nivel de sus burlas. Un autor, Palæphate, sectario de Aristóteles (2), avanza la idea de que no debe darse crédito á ninguna historia, si no tiene un fundamento de verdad, y que por otra parte, no se pueden admitir contradicciones con los fenómenos actuales de la naturaleza. Todo lo explica de una manera natural; pero no niega los hechos. Para él, el Dragón que Kadmo mata en Tebas, es un rey que se llamó Dragón; los Centauros son jóvenes que por primera vez aparecieron montados á caballo en la Tesalia; Scilla es un buque de piratas, y así lo demás. Se parece á Holbach, procurando explicar sucesos no menos religiosos, en su *Historia crítica de Jesucristo*.

---

(1) Fedro; *Diálogos socráticos*, Obras de Platón, II, pág. 266. —Trad. Azcárate.

(2) Palæphate. *De Incridibilibus Historicis;* Amsterdam, 1868.

Eveemero, espíritu fuerte del tiempo de Tolomeo Soter, pretendía haber encontrado en una isla de Pancea inscripciones antiguas que probaban, que los dioses habían sido hombres, reyes, héroes ó bienechores divinizados.

Cuando los cristianos entablaron la lucha intelectual con el paganismo, se vieron enfrente de una escuela temible, no sólo por el talento y la virtud de sus corifeos, sino por el giro especial que dieron á la interpretación de los mitos greco-romanos. Al calificativo de fisiologistas que los padres de la iglesia les daban, tachándoles así de adoradores de las sustancias elementales, contestaban los neo-platónicos con una metafísica á que aquellos no estaban acostumbrados y que no tuvieron por conveniente discutir. De las grandes enseñanzas de los misterios, nada parece haber llegado á los santos padres: San Agustín es eveemerista; casi se burla de los que creen que los dioses son los elementos de la naturaleza (1). Lo mismo que él, piensan sobre este punto San Cipriano, Tertuliano, San Juan Crisóstomo, Lactancio, Clemente Alejandrino y Minicio Félix. Taciano y San Epifanio, el papa San Clemente y San Justino, son demonologistas. El gran Orígenes, Julio Firmico, Teodoreto y Prudencio, son fisiologistas. San Atanasio se inclinaba también al fisiologismo; pero llama malvados infames á Osiris, Júpiter y Mercurio (2). Atenagoras refuta á los que creen que Minerva es el pensamiento que todo lo vigila, Isis, la naturaleza que á todo da origen, y que deifican á los elementos y les dan un nombre particular. Eusebio (3) cree que los dioses son demo-

---

(1) *De civ. Dei.* L. 7.º, cap. 5.º, 18, 1, 6.

(2) *Orat. contra Gent.* caps. 9.º, 10 y 11.

(3) *Legatio pro Christianis*, cap. 22.

nios malos y lúbricos que se aparecieron bajo formas humanas, y engañaron á los hombres para que les hicieran dioses.

En vano los neo-platónicos procuran hacer ver que los dioses no son astros, ni elementos materiales, ni habían sido hombres, ni demonios, sino cualidades de la inteligencia creadora, fuerzas distintas y personificadas de la creación; que Vuleano, por ejemplo, no era precisamente un dios especial, padre del fuego, sino la fuerza del Dios creador que obraba sobre él; y lo mismo de Neptuno, de Apolo y los demás. Los neo-platónicos estaban más en lo cierto que Platón con sus genios directores de los astros y de los elementos. Eran además sinceros, creían de buena fe lo que decían; y de ser posible que una nueva religión espiritual y razonada hubiera salido de aquél fangoso y agotado paganismo, ellos hubieran realizado este milagro.

Es de notar, en este larguísimo combate de las dos religiones, el silencio de los sacerdotes politeistas. La defensa del paganismo, si es que defensa puede llamarse á la exegesis neo-platonica, no fué una cosa oficial. ¿Qué causas pudo tener este silencio? ¿Es que perdida ya la fé y considerando seguros sus privilegios, los sacerdotes del antiguo culto, esperimentaban impasibles, egoistas como Luís XV, una tempestad que no les había de coger? Pero esto es tan opuesto al carácter sacerdotal y al espíritu de cuerpo, que no parece razón satisfactoria. Por otra parte, el fuego sagrado de la fe, no se ve extinguido aún, y buena prueba de ello son los neo-platónicos, los hombres más ilustrados de la época.

¿Llevarían su respeto á los misterios hasta el punto de ocultar sus grandes enseñanzas, á pesar del gravísimo peligro que les amenazaba? Sea como quiera, es lo cierto, que la Religión greco-romana (que no es el

paganismo de los últimos tiempos) cayó sin ser oida, llevando consigo secretos y misterios que sólo en parte conocemos hoy.

Después vino el silencio de la Edad Media. Sin embargo, en el siglo VIII, Alverico el filósofo estuvo á punto de tocar en la verdadera doctrina, reconociendo la diferencia entre los dioses reales y los simbólicos en un sistema mixto de platonismo fisiológico, y el cordobés Maimónides, rabino del siglo XII, atribuye el origen de la idolatría al culto de los astros.

Con el renacimiento, se despertó en Europa, y en Italia sobre todo, el deseo de instruirse en las antiguas creencias religiosas, y Boccacio, el primero, vacilante en el modo de apreciar aquellas fábulas, y después de él Giraldi, Cintio, Natal Conti, Julián Aurelio y Vicente Cartari, más ó menos eveemeristas ó fisiologistas, publicaron con éxito sus obras (1).

Bacon entrevé algo ya en el origen de estos cuentos míticos; y Pignoria, explicando en 1605, la mesa Isiaca, reconoce en Isis y Ceres una sóla divinidad símbolo de la tierra, y en Osiris, Baco, Horo y Atis, representaciones del sol. Pocos años después Jerónimo Alejandro demuestra que Apolo, Baco, Hércules y Mercurio eran dioses soles (2).

El jurisconsulto inglés, Juan Selden, el mismo que explicó los mármoles de Arundel, probó que Osiris era el sol y que los otros dioses no eran más que los elementos y los astros (3).

En medio de todos estos pareceres, fluctuaba la opinión, sin fijarse en ninguno, cuando Gerardo Juan

(1) *Genealogía Deorum.—Histor. Deorum gentil.—Mytología.—De Cognom. Deorum gentil.*

(2) *De sap. veterum. Antig fábulæ explicatio* (Pignoria).

(3) *De Düs Syris* (Obras de Selden: 3 tomos en fol. edic. Londres, 1726.)

Vossius, contemporáneo de Selden, profesor de Cronología, primero, y de Historia después, en Amsterdam, llamó la atención, en la primera mitad del siglo XVII, volviendo en parte al eveemerismo, y estableciendo una concordancia entre los nombres míticos y bíblicos. Suponía él que los pueblos, habiéndose olvidado de Dios, rindieran culto al bien y al mal, y de éste, fueron pasando sucesivamente al de los génios y al de las almas de los muertos y de los reyes divinizados. Se conoce que influyó sobre él una idea emitida anteriormente por otro. Se había dicho ya que Serapis era José; Jano, Noé; Minerva, Noemi; y Vossius, pretende que Adán, Noé y Tubalcain, adorados por los egipcios bajo nombres desfigur ados, fueron introducidos por ellos en Grecia. Por lo demás, cree que el culto de los elementos y de los astros es posterior á todos, sino que confundidos luégo entre sí, dieron lugar á la religión compleja, tal como se presenta en los últimos tiempos de Grecia y Roma (1).

Este sistema debió agradar á Samuel Bochart que se propuso reducir toda la mitología al culto de los patriarcas y al de algunos personajes egipcios. Así, para él, la reina Nitócris es Minerva, Nembrod es Baco, y así los demás. No le faltó ingenio, pero no pudo satisfacer á nadie por falta de pruebas (2). Es verdad que sus ideas, sin formar sistema preciso, están desparramadas en sus principales obras. Vino después el jesuita Atanasio Kircher, hombre de gran erudición, pero cuya fantasía jamás encontró vallas, llegando á descifrar piedras llenas de garrapatos, escondidas á propósito por sus amigos, simulando luégo descubrimien-

(1) *De idol. orig. et. prog.* (Obras de Vossius. 6 tomos en fol. Amsterdam.)

(2) *Hierozoicon*, 2 tomos en fol. 1646.

tos arqueológicos. Hizo una miscelánea de todos los sistemas conocidos, en su *Edipus-Ægiptiacus* (1) convirtiendo á Noé en Urano, á Sem en Saturno y á Japhet en el sol.

Estas interpretaciones hebreas estuvieron de moda por mucho tiempo. El obispo de Abranches, Pedro Daniel Huet, ve á Moisés en Osiris, en Serapis, en Baco, en Apolo, en Adonis, en Esculapio, en Pan, en Priapo, en Proteo, en todas partes, y así lo manifiesta en su *Demostración Evangélica* (2). No se hizo cargo de que siendo todos estos dioses más antiguos que Moisés, la historia bíblica no quedaba bien parada. Fué entonces, cuando el gran Racine aplicó á Huet aquella frase del Demeo de Terencio: «Te cun magna illa tua demonstratione perdat Júpiter.» Nuevos estudios de actualidad sobre Moisés han venido á dar, sin embargo, en cierto modo, la razón al sabio obispo.

El Dr. Schultze, en su *Investigación mitológico-histórica sobre Moisés y las diez palabras*, hace de Moisés un dios-sol, y casi le identifica con Osiris y Dionyso, hallando analogías que inducen á reconocer en Moisés un primitivo mito religioso. Es chocante notar entre los patriarcas y los mitos, estas analogías y coincidencias, expuestas, lo mismo por los sabios del siglo XVII que por algunos de nuestra época; pero se ve que la intención y las conclusiones no son las mismas. Había antes un interés especial en hacer salir de la Biblia la religión y las tradiciones de los otros pueblos, y así, por ejemplo, el inglés Juan Marshan, hace proceder de los judíos la circuncisión y otras muchas ceremonias que se encuentran en los egipcios y en

(1) Cuatro tomos en folio. El primero contiene algo curioso de la Historia de Egipto; pero los otros tres tienen poco ó nada de real y verdadero.

(2) *Demostratio Evangélica*, 1679, 2.ª edición.

los demás pueblos (1). Ahora, en igualdad de circunstancias, en frente de analogías y semejanzas entre varios mitos ó tipos religiosos, la crítica no opta por ninguno, sino que se reducen, si es posible, á un carácter más antiguo ó á una forma más universal, y no se da más importancia á la narración bíblica que la que pueda tener por su alta antigüedad. Esta clase de interpretación por la fe presenta algún caso de supervivencia en nuestro tiempo, todavía, y el célebre político inglés, M. Gladstonne, es buen ejemplo de ello, creyendo y defendiendo en algunas de sus obras, que las fábulas mitológicas no son más que la corrupción de misteriosas doctrinas reveladas por Dios á los patriarcas (2).

Una idea más elevada y nueva que las anteriores fué concebida y desenvuelta por Rodolfo Cudworth (3) en su *Sistema intelectual del Universo*. Según éste, Júpiter, Zeus, Jehováh, Ammon y los otros grandes dioses eran el mismo Dios, el Dios supremo de los gentiles y de los cristianos; pero seguía creyendo, como todos, que los elementos y los astros personificados se habían asociado al culto primitivo de la divinidad, llegando á ser los dioses de la mitología.

A fines del siglo XVII el inglés Tomás Gale procuró resucitar la antigua teoría neo-platónica. Era un hombre de fe, como sus maestros, y se queja de que los escritores de su tiempo se inclinen á la duda y hagan poco caso de la moral. Parece iniciado en los misterios antiguos, habla con conocimiento de causa, y se aproxima mucho á la verdad. Sus ideas, en cuanto á

(1) *Canon chronicus Ægiptiacus, Hebraicus, Grecus*, in fol. 1672.

(2) *Homero y la edad Homérica*, y en su *Inventus Mundi*.

(3) Un compendio publicado en inglés, por Tomás Wise, dos tomos en 4.º

la interpretación, son las mismas de Jamblico en el libro de *Misterios egipcios*.

Cuper, Wits y Leclerc apenas trajeron nada nuevo; el último fué un eveemerista ardiente, y su sistema se compone de arbitrariedades que no resuelven ninguna dificultad. Por último, en un libro de Pablo Pezrron (1) se hace descender á los dioses, de Noé, y dar origen á la raza y á la lengua celta.

No se pueden repasar las obras escritas en el siglo XVII sin rendir un tributo de admiración á los eruditos trabajos de sus mitógrafos. Eran hombres que estudiaban á conciencia y tomaban las cosas con calor. Samuel Bochart muere discutiendo con Huet en la Academia, como un guerrero antiguo en la palestra. A estas virtudes solía ir unida la modestia, rara cualidad en la gente de letras. Hé aquí lo que se lee de Tomás Gale en la *Huetiana*: «Tiene una profunda erudición, pero su modestia es tan grande, que parece que oculta su saber; apenas sufre qus se pongan sus iniciales á tan excelentes obras, como salen de sus manos (2).»

En los primeros años del siglo XVIII, el jesuita Renato José de Turnamin vuelve á ver en los dioses astros y elementos personificados y hombres como Adán y Noé divinizados (3); al contrario de Eschenbach que sigue los más acertados principios del neo-platonismo, aunque sin sacar todas las consecuencias que debiera.

Después de esta pleyade de mitógrafos de fe viene

(1) *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes*, 1793, París.

(2) Estas obras son: *Sylogen Scriptorum, Mithologicorum, Ethicorum. Trad de Mysteriis Ægiptiorum de Jamblico, Opuscula mithologica física, ethica*. Griego y latín con notas, etc., etc.

(3) *Projet d'un oubrage sur l'origine des tables. Journal de Treboux, Eschenbach, Epigenes sive de poesía orphica*. Nuremberg, 1702.

un excéptico, Pedro Bayle, que se burla de todos los sistemas y niega el sentido alegórico de las antiguas fábulas (1).

Entre los mitografos de verdadera vocación, es preciso contar al abate Banier, cuyas obras revelan, no menos, la variedad de su erudición, que su ardor infatigable para el trabajo. Los estudios que tenía que hacer para explicar á sus discípulos, dieron lugar á su primera obra mitológica, *La explicación histórica de las Fábulas*, y le determinaron á dedicarse enteramente á la mitología. Es lástima, que á pesar de tanto saber, no obtuviera mejores resultados por su falta de método (2).

Todos estos sistemas eran tan pronto abandonados como vueltos á recoger por la opinión. Aun no había llegado la hora de descubrir el misterio de los dioses.

Una ocurrencia felíz de Juan Bautista Vico (3) pudo haber fijado la interpretación mítica separándola de los sistemas rutinarios. Vió él en el *instinto d'animazione*, como le llama, el instinto que personifica los fenómenos ó movimientos de la naturaleza, suponiendo por todas partes como causa determinante una acción casi humana. El hombre tiene una especie de filosofía espontánea que le lleva á ver en sí mismo la regla del universo. Así, la mitología es para Vico una creación de la sabiduría poética que tuvo principio, no en una metafísica razonada y abstracta, sino sentida é imaginada. Esta poesía, expresada en un lenguaje primitivo como el de los niños, particulariza las ideas generales,

(1) *Dictionnaire*, art. Júpiter, 1696.

(2) *La Mithologie et les Tables expliquées par l'Histoire*, 3 tomos, París.

(3) *De la metafísica poética*. Edición de sus obras, tomo 5.º, pág. 189, Milán, 1876.

presenta el pensamiento abstracto como un hecho, una generación como un hombre. De todo esto pretendió sacar las consecuencias y se equivocó, como no podía menos, faltándole conocimientos filológicos. Hizo salir el mito de Saturno, del grano sembrado; el de Vulcano, de una selva quemada; el de Ceres, de la semilla que está seis meses bajo tierra y otros seis fuera. Acertó, sin embargo, en otra cosa: en creer inoportunas todas las significaciones místicas de una elevada metafísica, dadas por los sabios á las fábulas griegas y egipcias, debiendo, por el contrario, resultar naturales los significados históricos que unas y otras deben contener naturalmente (1).

Una prueba de que los más grandes genios se extravían, cuando pretenden resolver problemas, sin datos suficientes, es que Newton se ocupó también de mitología, sin éxito. Fué eveemerista. Nicolás Freret le batió en regla, abrazando á su vez el neo-platonismo (2), y Jablonski refutó á los dos, manifestando que los dioses no eran más que los elementos y los astros; etro error (3).

Llamó también por entonces la atención, Warburton, á causa de una nueva hipótesis en que vislumbra una parte de verdad tan solamente. Supone que el pueblo no tenía más religión que la de los hombres divinizados, mientras que en los misterios se enseñaba la verdadera religión, el culto del Dios Supremo y de los génios. Warburton (4) lleva, como se ve, demasiado lejos, la separación ó diferencia entre la enseñanza de los misterios y la de la religión popular que en

(1) *Principios de ciencia nueva*, lib. 2.º de la metafísica poética.

(2) *Defensse de la Chronologie*. 1758. Mem, sur. Bachus.

(3) *Pantheon egipt*. Francfor, 1750.

(4) Warburton; *The divine legat. of. Mos*. 1737.